

Año I

12 de Abril de 1925

Núm. 11

SEXUALIDAD



Ayuntamiento de Madrid

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

R

Dir

H

los

ins

T.

y c

cri

ció

Y

am

la

Nu

ma

me

pec

sol

fon

dic

jer

una

ete

que

rec

SEXUALIDAD



REVISTA ILUSTRADA DE HIGIENE SOCIAL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Director: Dr. NAVARRO FERNANDEZ.—Redacción y Administración: Alcalá, 53.—Madrid

PASO A LA VIDA

LA SEMANA SEXUAL

He aquí algo que habrá que lanzar a los cuatro vientos, verter en cada oído, insinuar en toda tertulia o radiar por T. S. H.: La Naturaleza tiene sus fueros, y quien los contraria camina hacia el crimen o retrograda hacia la degeneración.

Y digo esto, después de considerar el amargo suceso ocurrido en estos días en la ciudad de los condes. Un dragón de Numancia, sargento, según el telegrama que da cuenta del hecho, y seguramente bravo mozo, bien portado, de aspecto y espíritu amatorio, como buen soldado, alquiló una habitación en una fonda, con su novia; y con esto queda dicho que, para el sargento, era la mujer perfecta. Una vez en el cuarto, sacó una pistola y mató a la bien amada. El eterno homicidio-suicidio por amor, que el genio de Ferri introdujo en el Derecho Penal. La consabida carta al juez

de guardia aclara el enigma: "Nos matamos por puro amor—decía—, por mucho amor y ver el horizonte muy oscuro. Este horizonte oscuro tiene la grandeza del "valle hondo, oscuro", donde, según el clásico, quedamos, cuando Dios o la esperanza se apartan de nosotros. ¡Oscuro horizonte el del joven que no puede dar forma material a su amor!"

Y la determinación de estos desesperados amantes era inexorable:

Habíamos pensado en el sublimado—continúa el testamento venganza que el suicida arroja al rostro de la sociedad—, pero como algunos se salvan..."

Como algunos se salvan, utilizó el novio su propia pistola.

¿Motivos?

El de siempre: la familia de la novia le había puesto puertas al campo y se oponía a su unión. Es lo mismo que prohibe a la alondra que cante o al río

que discurra por su cauce hacia el mar.

Pero, ¿puede creerse que el puro amor, el mucho amor, lleve al crimen?

Démosle a Dios lo que es suyo, aunque este dios sea de la pagana y amable calidad de Cupido, que se contenta con hacer cuerdas para su arco con los dorados cabellos de las mozas fragantes que encuentra al paso.

No es el amor, sino el horizonte oscuro, lo que lleva a la desesperada muerte de los amantes. Porque un enamorado lleva en sí la más alta expresión de la vida, y siente la más extremada dicha en potencia y le hierve la sangre en ansias de eternidad. Hay que achacarle al soldado—que seguramente supo siempre hacer honor a su uniforme ante el peligro y que inspira el profundo respeto de todo aquel que tiene el valor de cortar su existencia—el no haber tenido el bastante para hacer que su savia se convirtiese en brotes, pese a toda convención. Con amor se triunfa siempre. En nombre de ninguna ley cabe impedir la unión de hombre y mujer. El doctor Marañón dijo, no hace mucho, que la mujer elige certeramente al rico, porque el que es capaz de producir riqueza es más macho que el que no sabe vivir. Está bien; pero cuando una mujer cree en un hombre, éste—mejor que morir—debe cogerla, amarla y producir riqueza sobre la marcha.

Otro caso de amor que acarreó la muerte se produjo en Sevilla:

Un mocito de Triana se hallaba pelando la pava con su novia y, de pronto, sufrió un mareo y murió.

El hecho parece una mentira sevillana o, por lo menos, una hipérbole de estirpe andaluza.

¿Lo mató de una mirada la sevillanita de ojos de fuego? ¿Falleció el mozo de

gusto de verse querido? Estas son paradojas de que conoce el Guadalquivir y que no se nos alcanzan en Castilla, donde no hay matrimonio sin capitulaciones, ni noviazgo sin mira, ni mirada sin por qué.

De todos modos, hay que confesar que es un bello morir, una extinción de la vida entre el olor a rosas de la carne joven.

ROBINSON.

EL SEXO Y LA LITERATURA

Fué una mujer que brilló en nuestras letras—doña Feliciano Enríquez de Guzmán—la que supo concretar en la bella fórmula de un madrigal el poder de unos ojos de hembra, unos ojos asesinos, unos ojos gachones, los de la hija del alcalde mayor que canta la copla, los que a diario nos petrifican en la calle o nos hieren por la espalda o nos revuelven las entrañas, cortándonos el resuello, o nos marean hasta enrojecernos el cuerpo hasta la última extremidad capilar.

Madrigal de mujer, había de ser elegante para que supiese más a mieles de caricias femeninas.

Hélo aquí:

MADRIGAL

Dijo el Amor, sentado a las orillas
de un arroyuelo puro, manso y lento:
Silencio, florecillas;
no retocéis con el lascivo viento,
que duerme Galatea, y si despierta,
no seréis ya más flores
en viendo sus colores,
ni yo de hoy más Amor, si ella me mira:
¡tan dulces flechas de sus ojos tira!



La historia de Cleopatra tiene el encanto subyugador de una de esas maravillosas leyendas de las "Mil y una noches"; toda ella está llena de episodios sangrientos o poéticos; de rasgos novelescos hasta la extravagancia; de armoniosos ruidos musicales; de perfumes exóticos y voluptuosos; de chocar de copas, de flores; de suspiros de amor, de besos...

En el año 51 (a. de J. C.) murió en Alejandría Tolomeo XIII, Auletes, dejando el trono a su hija Cleopatra—que contaba diez y ocho años de edad, y a su hijo Ptolomeo XII, Dionysos, a condición de que ambos hermanos se uniesen en matrimonio, según costumbre de las familias reales de Oriente, quedando los dos reyes y sus hermanos menores—Ptolomeo y Arsinoe—bajo la protección de Roma.

Cleopatra—en quien comenzaba a manifestarse la más desmedida ambición—quiso reinar sola y apartar del poder a su hermano, pero los favoritos del joven rey—su ayo Fotino, su preceptor, Teodato y Aquilas, jefe principal del ejército—que ejercían el gobierno en su

nombre, excitaron al pueblo contra ella y consiguieron arrojarla del reino—en el año 43 a. de J. C.—, declarando al joven Ptolomeo único soberano de la monarquía egipcia.

Lejos de sufrir con resignación la injuria que se la había inferido, Cleopatra huyó con sus partidarios a Siria y Palestina, donde se procuró socorros, y, tras una corta ausencia, volvió a Egipto, para luchar contra su hermano y esposo.

Por entonces, Pompeyo, vencido por Julio César en Farsalia, arribó—fugitivo—con su armada a las playas de Egipto, confiando en que Ptolomeo, de quien era tutor, les prestaría gustoso el auxilio que necesitaba; pero éste—que se hallaba en Pelusium observando los movimientos de Cleopatra—lejos de prestarle el auxilio solicitado, le mandó cortar la cabeza.

Poco tiempo después, Julio César—que iba en persecución de Pompeyo—llegó también a Egipto, y como Tolomeo Auletes le había nombrado ejecutor testamentario, invitó a los dos hermanos a que depusieran las armas y le sometieran sus diferencias.

Cleopatra, decidida a conquistarse el

favor del romano, envió al principio algunos mensajeros, que fueron recibidos friamente por aquél.

Lejos de desanimarse ante este fracaso, Cleopatra concibió una idea verdaderamente diabólica: durante la noche se hizo conducir—envuelta en un tapiz, como si fuera un fardo—a la casa del vencedor, y Apolodoro, su fiel intendente, anunció al célebre romano que iba a ofrecerle un presente, apareciendo entonces la joven reina ante el dictador: César vió a Cleopatra; César era voluptuoso; Cleopatra, bellísima: su causa estaba ganada.

En efecto; subyugado César por la hermosura y el ingenio de Cleopatra, se pronunció en su favor, obligando a Ptolomeo Dionysos a que se reconciliara con su hermana y compartiera con ella el trono.

No se le ocultó al rey de Egipto la verdad de lo sucedido, y para mover la opinión contra el romano, recorrió las calles de Alejandría contando su deshonor.

Por su parte, Fotino excitó al pueblo, que atacó el palacio de César, y aunque los romanos prendieron a Ptolomeo XII, los sublevados no cedieron, sino que, por el contrario, aumentó su número, y, sin la habilidad y la firmeza del vencedor de Pompeyo, que logró convencer al pueblo de que al obrar de tal modo no hacía más que complimentar el testamento del difunto rey, César y todos los suyos hubieran perecido.

Sin embargo, tales razones no fueron bastantes para satisfacer a los partidarios de Ptolomeo, quien, auxiliado por el eunuco Fotino, pudo fugarse de Alejandría, al propio tiempo que las tropas de Aquilas iban a sitiar a César en su palacio.

El romano sólo disponía de dos co-

lumnas, pero, así y todo, pudo sostenerse hasta la llegada de los refuerzos, que le fueron enviados de Siria, y a los que debió su salvación.

Poco después, César hizo que fuese cumplimentado el testamento de Ptolomeo Auletes, disponiendo que Cleopatra y Ptolomeo Dionysos reinasen juntos, y dando la isla de Chipre a Ptolomeo XV y a Arsinoe, hermanos menores de los reyes.

Preso Ptolomeo y muerto Fotino, Ganimedes logró que Aquilas fuera condenado al último suplicio, y tomó él el mando de su ejército, procurando destruir a los romanos, a los que privó de agua dulce, dificultad que César obvió, mandando abrir pozos, y, después de una serie interminable de peripecias, el romano triunfó de sus enemigos y puso en libertad a Ptolomeo, que algún tiempo después pereció ahogado en el Nilo.

Durante estas guerras fué destruida la escuadra egipcia, y los soldados romanos incendiaron un barrio de Alejandría, en el que se hallaba la célebre biblioteca fundada por Tolomeo Filadelfo, y que también fué pasto de las llamas.

Victorioso el dictador, proclamó reina de Egipto a Cleopatra, pues si bien es verdad que la hizo casar con su hermano Tolomeo XV, que sólo contaba seis años, la temprana edad de éste no le hacía apto para compartir más que nominalmente el gobierno con su hermana, y tan pronto como cumplió los catorce años, edad fijada para su mayoría, le hizo envenenar.

Mientras permaneció en Egipto, Cleopatra—según parece—vivió en su compañía, dando en su honor magníficas fiestas; con él recorrió Egipto, y hubiesen ido juntos hasta Etiopía en un mismo

barco, si el ejército romano no se hubiera negado a seguirles...

Por fin, y deseando someter a los últimos partidarios de Pompeyo, el dictador abandonó Egipto, dejando a Cleopatra encinta de un niño, que nació el mismo año 47—a. de J. C.—y que se llamó Cesarión.

Al año siguiente—según Dion Casio—, o en 45 a. de J. C., es decir, después del regreso de César de España, Cleopatra pasó a Roma, llamada por el dictador, alojándose en el suntuoso palacio que éste poseía en las orillas del Tiber.

El dictador consagró en Roma un templo a Venus generatriz, y colocó junto a la estatua de la diosa la de Cleopatra, honor que disgustó a los romanos, aunque éstos no llegasen a exteriorizar su descontento.

Desde esta época hasta la muerte de César no se sabe dónde permaneció Cleopatra, si bien Cicerón afirma que en Roma.

* * *

Muerto el dictador, Cleopatra se declaró en favor de Octavio y Antonio, a los que facilitó una escuadra; pero más adelante aparece como partidaria de Bruto y Casio, aunque, según algunos historiadores—y esto es lo más verosímil—, lo ocurrido fué que uno de los generales egipcios, llamado Serapión, acudió en auxilio de Casio contra la voluntad de la reina, por lo que ésta le castigó severamente.

Con la batalla de Filipos, que dió el Poder a los triunviros, terminó la guerra civil, y Marco Antonio, después de pasar algún tiempo en Atenas, se dirigió a Cilicia con objeto de organizar una expedición contra los partos, instalándose en Tarsos.

Desde allí ordenó a Cleopatra que

compareciese a su presencia para explicar su conducta, confiando el cumplimiento de esta misión a Delio, historiador muy hábil y hombre que brillaba por las dotes de su espíritu seductor; Delio, que conocía el carácter de Antonio y su decidida propensión a todos los placeres que proporciona el bello sexo, dijo a Cleopatra, usando de un lenguaje insinuante y lisonjero, que fuese a buscar sin demora al triunviro, asegurándola que sería bien recibida.

Marchó la reina de Egipto al encuentro de Antonio, llevando consigo grandes sumas de dinero, sus alhajas más preciosas y sus vasijas de oro y plata, apareciendo ante la vista de Antonio en una magnífica galera adornada con las más bellas pinturas, y cuya popa resplandecía con el oro; las velas eran de seda y púrpura, y los remos estaban guarnecidos de plata.

Sobre cubierta, bajo un pabellón formado con ricas telas y brocados de oro, Cleopatra, vestida como Venus saliendo de las olas, es decir, como Friné fué vista por Apeles, iba tendida sobre un riquísimo tapiz.

A su alrededor, en artísticas y voluptuosas posturas, iban las mujeres de su séquito—todas de una rara belleza—vestidas de ninfas y gracias, y a sus pies jugaban unos amorcillos, mientras en el ambiente—embalsamado por suaves aromas—se diluían las armoniosas notas que expertos tañedores arrancaban a sus laúdes y flautas...

* * *

Como no podía menos de ocurrir, Antonio quedó subyugado ante tanta belleza y buen gusto, y Cleopatra, pretextando que el viaje la había cansado, le invitó a pasar a su buque, donde tenía dis-

puesta en su honor una magnífica fiesta.

Aceptó Antonio la invitación, y fueron tales las dotes de seducción desplegadas por Cleopatra, que el triunviro quedó preso en las redes de su amor; en uno de los suntuosos banquetes que dió en su honor, Cleopatra hizo fundir en vinagre una perla valorada en 10 millones de sextercios y se la bebió.

Pasó el tiempo; para Antonio no existían más que las caricias de Cleopatra; abandonó todos los planes de conquista para entregarse por completo al amor de la joven reina, a la que siguió a su corte, pasando con ella el invierno de 40 a 41, que transcurrió entre fiestas y placeres.

Sin embargo, los acontecimientos que se desarrollaban en Roma y la irritación de su esposa Fulvia le obligaron, bien a pesar suyo, a abandonar a Cleopatra; por otra parte, la guerra civil, que con la victoria de Filipo parecía terminada, estaba a punto de resurgir, y Octavio, aunque resentido con Antonio por su defección, necesitaba de él, y los dos se reconciliaron en Brindis, casando Antonio—cuya esposa había muerto—con Octavia, hermana del futuro emperador.

Trancurrieron tres años; Antonio parecía haber olvidado a Cleopatra, pero en el año 37 a. de J. C., el triunviro hubo de organizar una expedición contra los partos, por cuyo motivo abandonó Roma, ¡ay!, para no volver.

No fué tan afortunado en aquella empresa como en otras, y su ejército quedó destrozado en el primer combate, completando la obra destructora el hambre y la epidemia, que pusieron en peligro su propia vida, hasta que con los restos de su ejército se refugió en Siria; allí se le reunió Cleopatra, y Antonio, sintiendo renacer su antiguo amor por la bella

reina, la siguió a su corte con el pretexto de preparar una nueva expedición.

Y otra vez unidos los dos amantes, comenzaron el último capítulo de la interrumpida novela de sus amores...

* * *

Habiendo llegado a conocimiento de Cleopatra que Octavia había emprendido el viaje para reunirse con su marido, fingió una profunda melancolía, lloró en presencia de su amante, y aun se negó a tomar alimento...

Impresionado Antonio ante la actitud de la joven reina, mandó a Octavia interrumpir su viaje y regresar a Roma, y él se quedó en Egipto con Cleopatra, a la que proclamó "reina de los reyes", dotando, además, a los hijos que con ella había tenido con ricas provincias, y reconociendo a Cesarión hijo legítimo de Julio César.

Aquel año—el 16 de su reinado—fué el más grande de la vida de Cleopatra, que vió a sus pies reyes y príncipes; pero Octavio, disgustado por la conducta de Antonio, al que creía haber hecho ya bastantes concesiones, y temiendo que el triunviro pudiera hacer fracasar sus planes, se dispuso a combatirlo, si bien, considerando que la causante de todo el mal era la reina de Egipto, consiguió que el Senado romano declarase la guerra a ésta.

Juntos salieron Antonio y Cleopatra para la isla de Samos, marchando de allí a Atenas, donde los atenienses, a los que la reina de Egipto había colmado de beneficios, rindieron a ésta honores que hasta entonces no había conseguido mujer alguna.

Llegado el momento de combatir, Antonio, a pesar del consejo de sus lugartenientes, prefirió la batalla naval a la

terrestre por complacer a Cleopatra, que deseaba que la victoria se debiese a sus naves.

Sabido es que cuando el triunfo estaba indeciso, huyó la reina con su galera, a la que siguieron más de sesenta, y Antonio, olvidando su deber, abandonó la lucha, alcanzó la nave de Cleopatra y penetró en ella humillado, permaneciendo muchas horas con la cabeza oculta entre las manos, sin querer hablar a la mujer funesta, causa de su perdición; así terminó la célebre batalla de *Accio*.

Ya cerca de Alejandria, Cleopatra, temiendo que los egipcios la rechazaran de su capital si sospechaban la derrota sufrida por Antonio, coronó sus barcos con vistosas guirnaldas, como solían practicarlos los antiguos generales después de la victoria.

El triunfador, seducido por los voluptuosos halagos y mentidas esperanzas de su amante, la siguió a la corte, entregándose con ella al más desenfrenado libertinaje; fundaron una Sociedad titulada "Los inseparables de la Muerte", cuyos miembros, y con ellos Cleopatra vestida de hombre, recorrían al anochecer los prostibulos de la ciudad, armando pendencias con los transeuntes rezagados, haciendo abrir las tiendas, etc., etc.

Cleopatra—que había facilitado la entrada de Octavio en la ciudad—, dudosa de su suerte, se encerró, con todos sus tesoros, en un monumento sepulcral que había mandado construir junto al templo de Isis, e hizo circular por la ciudad la noticia de su muerte.

Creyéndolo así Marco Antonio, se clavó un puñal en el pecho, pero como no muriese en el instante y se enterase de la verdad, se hizo conducir junto a su amante, expirando en sus brazos.

Poco después, Proculeyo, enviado de Octavio, intimó la rendición de Cleopatra, penetrando por una ventana con algunos soldados e impidiendo que la bella reina de Egipto se diese muerte.

Cleopatra pareció someterse, mas penetró la intención del vencedor, que deseaba hacerla servir de adorno en sus triunfos, y perdió las esperanzas de cogerlo en las redes de su amor; entonces determinó suicidarse, y escribió a Octavio una carta manifestándole su propósito, carta que confió a Efrafródito—que la vigilaba de cerca por orden del vencedor—para que se la entregase a éste.

Apenas el fiel servidor de Octavio hubo abandonado la habitación, Cleopatra se retiró a su aposento seguida de sus esclavas Iras y Charmión; se vistió sus mejores galas y se acostó en un lecho lujoso y cómodo, y luego pidió un cesto que acababa de traerla un fiel servidor—disfrazado de aldeano—, y en el cual iba oculto un áspid, serpiente indígena de Egipto, cuya mordedura venenosa produce un sueño profundo que sin dolor lleva a la muerte.

Se dejó morder en un seno por la serpiente, y quedó profundamente dormida en los brazos de sus dos esclavas favoritas; éstas notaron que su cuerpo se enfriaba y adquiría una rigidez extremada, y suavemente la depositaron sobre el lecho; luego besaron su frente y salieron llorando del aposento: Cleopatra, la reina de Egipto, famosa mujer que ofrecía tan extraña mezcla de libertinaje y heroísmo, de falsía y amor, de maldad y de genio, de cobardía y de grandeza, había muerto.

ALEJO G. BLANCO.

~~~~~

Esta Revista se vende en todos los quioscos de España

Ayuntamiento de Madrid



## La experiencia en el amor

El tipo abunda mucho—no es precisamente Don Juan, sino todavía más vulgar, más chabacano, más carente de espiritualidad, de sensibilidad, de nobleza de sentimientos—es ese individuo que presume de experto en amor. Ese sujeto que en cuanto surge el tema amoroso sonríe irónico y misericordioso al oír las opiniones de los demás, y en seguida, en tono enfatuado y doctrinal, habla ex cathedra, sin admitir la réplica ni la objeción, aduciendo su experiencia en la materia.

¡La experiencia en el amor! ¿Puede alguien—por muchas canas que blanqueen su pelo y por muchos desengaños que colmen su corazón—vanagloriarse de conocer, triste y dolorosamente, a través de sus aventuras el misterio del amor? ¿Existe en realidad este misterio o es más bien pura creación literaria? Si hemos de creer a todos estos varones insignes y beneméritos, el corazón femenino es algo impenetrable, una cueva angosta, oscura y profunda, donde jamás penetra la luz.

Nosotros somos jóvenes—esta confesión en España es casi un pecado, en este bendito país el ser joven es un estigma—; un rostro barbilampiño, un ánimo optimista, una inteligencia despierta, sana, un alma esforzada, deseosa de lucha, plena de ambición legítima y noble, nadie lo toma en consideración, hay un pretexto estúpido enarbolado como excusa: “¡oh, es muy joven!”; y ya puede ese hombre joven llevar dentro de sí el germen del genio, que los demás se encargan de poner todos los medios para que ese germen se asfixie y muera. Aquí no triunfa sino la rutina, la experiencia, el precedente; sin embargo, nosotros so-

mos jóvenes y nos atrevemos a afirmar solemnemente que nada existe más claro y diáfano, más sencillo y fácil de comprensión que el corazón de una mujer.

Y es que nos acercamos muy poco a la mujer; por eso la desconocemos tanto; buscamos y sobre todo deseamos a la hembra para satisfacer nuestros instintos. Deseo, he aquí la palabra que encierra el concepto de nuestras relaciones con la otra mitad del género humano. Y casi siempre recubrimos este deseo hipócritamente con la sonora, magnífica y retumbante palabra amor, tergiversamos su sentido, y de ahí el lío y la confusión.

Hablemos, pues, claramente. Ha cruzado una mujer por nuestro lado. La mujer es bonita. ¿Qué es lo que ha sacudido nuestros nervios y herido nuestras pupilas, su corazón o su sexo? Generalmente, su sexo, la primera inclinación es la sexual, las restantes sensaciones vienen después con el trato y la conciencia. Pero aquí está el nudo de la cuestión. ¿Cuántas veces estas sensaciones placidas y aquietadas, puras y amorosas llegan a manifestarse? ¿Prescindimos siempre de la hembra y descubrimos a la mujer? Preciso es confesar, a fuer de sinceros, que muy pocas. Perdura el latigazo de la lujuria, llega tarde o no llega la caricia suave del niño Amor. ¿Cómo extrañarse entonces de la desconcertante psicología femenina, a qué los aspavientos y las lamentaciones? ¿Si lo que íbamos buscando era la sexualidad y la sexualidad encontramos? Y este sí que es un arcano indescifrable, lo sexual, porque en la mayoría de los casos entra de lleno en lo morboso, en la intrincada y laberíntica red de los nervios. Pero la mujer, el alma de la mujer, es ánfora límpida de finísimo cristal, tan perceptible, tan nítida, que la ve un ciego, por-



que para verla no se necesitan ojos, sino otra alma gemela.

No nos dejemos, en consecuencia, arrastrar del tópico y la frase hecha; desconfiad del sesudo señor que os brinda su experiencia. En amor—como en tantas otras cosas—la experiencia no vive sino de estorbo, de carga inútil, porque cohibe y amedrenta la sana inclinación, el arranque espontáneo que no necesita de más consejero que la prudente reflexión.

#### RINCONES MADRILEÑOS

### UN CAFE DE BARRIO

Silencio, obscuridad, cuchicheo quedo, toses apagadas, risas ténues, sonido melancólico de violín. Estamos en un café de barrio. La puerta se abre. Aparece una pareja; andan de puntillas, como la devota que entra en la iglesia solitaria. Sí, aquello tiene algo de templo. La pila del agua bendita es el puesto del cerillero. Las mesas son confesionarios. Hay un culto: el del amor. Existe un rito: el café con media. Los camareros son los sacerdotes. El cerillero es el sacristán: miradle cómo va de un sitio a otro con la bandeja del tabaco, que parece el cepillo. Ahora habla con aquella matrona del mantón alfombrado. No sabemos si le ha entregado una vela y una petición, tal vez para San Antonio, o para el señor Antonio, lo mismo da. La matrona espera oyendo los compases de "La Bohème" o de "El anillo de hierro".

Cerca de los músicos—santos de aquella iglesia—está la familia que pide dos cafés para cuatro. Es un matrimonio y dos niñas. El, lee el "Heraldo"; la esposa mira con ojos tiernos al violín. Amor

platónico, alma de artista. Las niñas... ¡Ah, las niñas del café de barrio! ¡Niñas románticas, de alma soñadora y manos de marfil, ojos llenos de deseo, corazones que esperan un príncipe azul, labios de pálido carmín ansiosos de besos, que declaman entre sollozos el "Canto a Teresa", de Espronceda, y las "Golondrinas", de Bécquer, ¿qué parecéis en el marco pintoresco del café de barrio? Sois viejas en vuestra juventud, porque sois de otra época. No debisteis nacer ahora. Hubo un tiempo en el que hubiérais sido felices. Entonces había mancebos de larga melena, adoradores de la luna, que lloraban de amor y querían morir al trasponer el sol. ¡Oh entonces, entonces!

Estas niñas, en el viejo café, son lo más triste de sus salas calladas.

La matrona del mantón alfombrado suspira fuertemente: es que se ha abierto la puerta y un gallán avanza. Jovencillo, imberbe, con gesto asustado. Se ha sentado a su lado, y ella, ansiosa se aprieta junto a él.

—¿Qué quieres tomar, rico?

—Café y una de anís.

Ella hace chocar sus manos gordezuelas, llenas de sortijas, y el camarero acude.

—Café y una de anís—dice, y mira arrobada a su adorado.

—Luisín, mi encanto, ¿estás cansado?

Efectivamente, en su rostro hay grandes ojeras y tiene los ojos apagados.

El la mira y hace un gesto negativo.

—Si vieras..., tengo un compromiso. Diez duros, que no sé dónde encontrarlos.

—No te apures, monín mientras me tengas a mí. Ahora iremos a casa y te los daré.

Al oír estas últimas palabras, tiene un impulso como de huida, que contiene



presto. ¡Son diez duros! La matrona sonríe; se hinchán sus narices, muérdese los labios y sus ojos lánguidos se entornan de deseo, ávidos de carne joven.

El violín y el piano siguen sonando. Un gato negro se pasea por entre las mesas en demanda de azúcar. Los parroquianos le llaman, le obsequian y le acarician. Calla la música. Se levanta una señora con largo velo negro, de color verde, y dice al camarero.

—Casimiro, quince.

—¡Pero doña Angustias, que mire usted...!

—Mañana, mañana le pagaré...

Sale a la calle, ¡y en qué casa infecta tiene que penetrar por treinta reales que debe en el café! ¡Ah, el drama de la vida!

Hoy un almacén de camas profana el polvo donde se asentó el viejo café de barrio. ¿Por qué mueren estos beneméritos establecimientos? Las costumbres avanzan, el pasado se queda muy atrás. ¡Viejos cafés de barrio de destañidos divanes y rotas sillas de paja, con aquellos espejos, mudos testigos de mil escenas de amor, única expansión de las pensionistas y los jubilados, último baluarte de la bohemia, directo refugio del amor misterioso, ya os vais, desterrados, por los tupís anodinos, por los bares antipáticos, por la moderna forma de los cafés! ¡Adiós para siempre, niñas sentimentales, gordas matronas y espirituales pensionistas!

## El Amor y el Pensamiento

Nosotros, que pregonamos la fuerza de nuestro sexo, somos más volubles que la mujer y nos dejamos llevar más fácilmente a la inconstancia y al hastío.—*Shakespeare.*

La salud de las mujeres es una comedia muy ingeniosa, que representan a beneficio de los médicos.—*X. Aubryet.*

\*\*\*

¿Qué sería de la sociedad sin la mujer?—*Saint-Prosper.*

\*\*\*

Las mujeres se enamoran de los hombres, no por el mérito que tienen, sino por el que éstos encuentran en ellas.—*Saint-Prosper.*

\*\*\*

¿Cómo concebir que una mujer pueda ser atea?—*Chateaubriand.*

\*\*\*

Las devotas son naturalmente curiosas y se desquitan de los pecados que no cometen, con el placer de saber en los que caen los demás.—*Marivaux.*

\*\*\*

Las mujeres prefieren que se dude de su virtud antes que de su talento y su hermosura.—*Le Maitre.*

\*\*\*

El amor es un poema entero en la vida de la mujer, mientras que sólo es un episodio en la del hombre.—*Madame Stael.*

\*\*\*

Las mujeres manejan a los hombres como los buenos jugadores de ajedrez a sus peones; no tocan a uno sin tener la vista fija en otro que puede dar mejor resultado.—*Pope.*

\*\*\*

La naturaleza acude con preferencia en ayuda de la mujer cuando se trata de decir la verdad o de resistir una dolencia.—*Humbolt.*

\*\*\*

Hay mujeres que se ejercitan en gesticular, como si los gestos fueran un completo de la belleza.—*Claville.*



Las castidad es el patrimonio y la gloria de las mujeres.—*Le Maitre*.

\*\*\*

Una querida es un mueble cuya propiedad no está bastante asegurada, aun cuando todos los días se pague.—*Humbolt*.

\*\*\*

Dudo que las hazañas de César y de Alejandro sobrepasasen en energía a la resolución de una mujer joven y hermosa que, combatida por mil ejemplos contrarios y en medio de mil fuertes y continuadas persecuciones, se mantiene intacta y pura.—*Montaigne*.

\*\*\*

El que desee encontrar una esposa que reúna fortuna, nobleza y hermosura, pretenda, en vez de una compañera cariñosa, una dueña imperiosa y déspota.—*Montaigne*.

\*\*\*

Cualquier edad es buena para casarse, porque las mujeres son nuestras queridas en la juventud, nuestras compañeras en la edad madura y nuestras nodrizas en la vejez.—*Bacon*.

\*\*\*

Se puede encontrar mujer que no haya tenido aventuras galantes, pero no se puede encontrar mujer que haya tenido una sola.—*La Rochefoucauld*.

\*\*\*

Para la mujer, vivir no es comer ni beber, sino pensar y amar.—*Lammennais*.

\*\*\*

Un matrimonio puede ser bueno, pero nunca delicioso.—*La Rochefoucauld*.

\*\*\*

Dios, que se arrepintió de haber hecho al hombre, jamás se arrepintió de haber hecho a la mujer.—*La Campana* (periódico).

Las mujeres creen con frecuencia amar, aunque no amen: la ocupación de una intriga, la emoción que produce una aventura, el deseo de ser amada, les persuade de que es coquetería, lo que tan sólo es coquetería.—*La Rochefoucauld*.

\*\*\*

Ningún marido tendría a su mujer por honrada si la creyese capaz de pensar como él piensa y obra.—*Robert (D. Roberto)*.

## Las ventajas del cine

Ha sido el cine—ese invento banal que parece hecho para esparcimiento de burgueses y niñas sentimentales—algo que ha transformado profundamente las costumbres, los hábitos ancestrales que largos siglos ha presiden y rigen los tratos amatorios. Como amaban nuestros abuelos, con ligeras variantes amaban los hombres de hace cuatro siglos. Las endechas apasionadas y encendidas del balcón de Verone declamadas por Romeo y las respuestas balbucientes y pudorosas de Julieta eran antiguamente el Código del amor. Código que ha regido inflexiblemente imponiendo normas sobre generaciones y generaciones. Las entrevistas de amor eran raras, difíciles, rodeadas de dificultades, de peligros, de obstáculos a veces invencibles. De ahí que cada galán tuviera al mismo tiempo pujos de espadachín, cada damisela apasionada de fortaleza inexpugnable y las aventuras amorosas carácter de batallas sangrientas y enconadas.

La calleja obscura en la madrugada silenciosa era mudo testigo de la charla apasionada, pero todo tenía que ser clandestino, fugaz, las palabras eran corta-



das bruscamente, el beso quedaba a flor de labio como pajarillo asustado que no se atreve a salir del nido.

Mas he aquí que un mago moderno, brujo correcto de americana y botas de charol inventó un buen día la proyección fotográfica animada, y por una necesidad imperiosa de la ciencia quiso el destino que ésta únicamente tuviera lugar a oscuras, y la revolución en la república del amor vino imperiosa derribando tradiciones, demoliendo obstáculos, transformando pacíficamente sin una gota de sangre un régimen consolidado por el vuelo de los años y acatado sumisamente por millones de seres.

El cine, paradójicamente, iluminó las negruras que rodeaban al amor y creó una negrura mayor que, continuando la paradoja, dió vida, calor y cobijo al dioscello de los ojos vendados y la aljaba de las flechas envenenadas, que, desde entonces, tuvo un reino magnífico, vasto imperio de ricas comarcas donde florecen los amores lozanos, pródigamente.

Hoy el cine es el campo del amor, y hace exclamar melancólicamente a los Don Juanes en decadencia, mustios y agotados, palabras llenas de amargura por su prematuro nacimiento que les ha impedido buscar como pulgas que esparcen un tentáculo en busca anhelosa de algo que aprisionar con sus garras que son tenazas.

Hoy el cine es ese ente que nuestro señor D. Miguel de Cervantes Saavedra preconizada como necesario y utilísimo en toda república bien ordenada; gracias a él, el amor se ha convertido en una cosa fácil y asequible; cualquier Don Luis puede ser Don Juan; cualquier contrahecho y narigudo Cyrano carente de ingenio puede, si no deslumbrar con la gracia de sus ocurrencias, llegar a lo hondo del

corazón con artes de prestidigitador que hace de sus manos medio habilísimo de vida.

Y si algo le faltó al prodigioso mago inventor del cine fué dotar a los espectadores puramente platónicos de la cinta proyectada en la pantalla, al "dilettante" de la película, "amateur" de la obscuridad, de una capa protectora que le pusiera a salvo de indiscreciones comprometedoras para el que descubre y para el descubierto. Por otra parte, este tipo es un parásito del cine que vive y medra a costa del verdadero mantenedor del espectáculo, que es la pareja, pareja tan compenetrada, tan unida e identificada que semejan siempre un solo cuerpo, cuerpo hermafrodita que sólo vive y medra, se desarrolla y crece en la bien amada obscuridad, que desaparece y se anula, que muere, en fin, cuando la luz se hace.

El cine ha evitado y evita dolorosos e irremediables desengaños matrimoniales, porque permite que los futuros esposos puedan conocerse de una manera palpable y libre de toda duda agobiadora. El cine ha creado un nuevo tipo de Don Juan; el Don Juan del cine que será objeto de próximo artículo, porque es curiosa su psicología, ya que hoy el Donjuanismo está en moda y esta variante de su fama poco estudiada.

## BECQUERIANA

Una mujer me perdió  
y yo perdí a otra mujer:  
que en la rueda del amor,  
por su sino, han de caer  
en las garras del placer,  
cada cual dando su honor,  
un hombre o una mujer.

A. LÓPEZ PÉREZ.



# SALUS POPULI

## LA HIPOCRESIA

Una de las características de nuestra secular educación es la hipocresía, función social que contradice a la ciencia, a la verdad y hasta la higiene social. Hay que ser tan noble que, imponiendo la gallardía en la palabra, quede sostenida la dignidad en el corazón, frente a lo tradicional de nuestra psicología, de la psicología de esas gentes cobardes que se engañan para vivir del engaño y de la debilidad moral de los demás. El hipócrita, aun cuando con la acción venenosa de la ambición logre pretender que su personalidad sea otra que su verdadera persona, comete una torpeza humana, que en el teatro de nuestro historismo no se alcanzará, pero se advierte desde muy lejos de nuestras azoteas.

El veneno de la hipocresía hay que vencerlo, demostrando a la sociedad que es más útil vivir con sinceridad, además de ser más artístico y más bello. Pero a la sociedad humana hay que demostrarle que es más útil.

La cobardía humana no es fruto de la debilidad física, y sí es un efecto.

Hay que tener en cuenta que un hombre deportista y fuerte es cobarde y aficionado a disimular sus sentimientos, su personalidad física queda sometida bajo la soberanía de la moral inferior. La

moral inferior es causa y mueve no pocas vidas interesantes de nuestra nación; a esa moral hay que mostrar una moral radiante, pura y verdadera, una moral que admite el cuerpo desnudo y el alma desnuda, que no acepta la cara con mascarilla, los ojos con movimientos aprendidos, las palabras producidas automáticamente, por el resorte de lo que nos envuelve: el ambiente.

Las gentes despiadadas que se disfrazan de creyentes, barrieron lo esencial de las creencias. Restituirán lo esencial de la fe y de las creencias en el orden general del pensamiento humano las gentes que no creyeron ni dejaron de creer, pero que buscaron en la duda y en el conflicto cerebral un objetivo. Las mujeres que toman como honestidad la gatzmoñería y hacen compatible el hogar con los vestidos deshonestos de esas modas, mujeres que en el vestido no manifiestan el estado de espíritu, sino el deseo del cuerpo, hay que mostrarles un credo, una norma sana y santa que les haga venir hacia la verdad, para que no se engañen con la verdad de la mentira ni nos engañen con la mentira de la verdad.

A los corruptores de menores, a esos caballeros de la lujuria, delincuentes sal-



vados por prerrogativas canallas, y en cuyo rostro se dibuja el carácter de una autoridad moral, a esos hipócritas que fueron legisladores para no ser delincuentes, sin dejar de serlo, hay que mostrarles una pedagogía nueva que acostumbre a las gentes a comprender muy en serio que la vida privada de los hombres guarda mucha relación—unida por un hierro de ideas—con su actuación social; a los que cobardemente callan cuando la naturaleza humana que llevan consigo les manda formar juicio, y callan por comer, a esos hay que demostrarles que son los únicos culpables de que una nación grande tenga que vivir una decadencia de organismo pequeño.

En suma: la psicología nacional debe formarse, y en esas propagandas de higiene social mucho puede hacerse; porque la mujer necesita no tener que mentir para vivir; el hombre no debe ser hipócrita para conquistar la vida; y el amor y la cordialidad humana son la sinceridad y la nobleza. Prescindir del alma de cerdo que pesa sobre muchas personalidades que con tal que coman y vivan transigen con el permanente secuestro de la verdad, que es ciencia y progreso, y salud también, porque no oculta ni deja impune nada, ni en lo moral ni en lo físico, y ella, idealizada o materializada, lo ennoblece y separa todo.

B. GARCÍA-MENÉNDEZ.

## NELIS

**Drama del Dr. Madrazo.**

B.—Aquí me tiene el doctor, lleno de curiosidad e incertidumbre; me he saturado de Nelis. Es un drama admirable, diga lo que quiera la crítica. Su diálogo

cada día me encanta más. Por supuesto, hay que saber leer; hay que ver la acción y gesto que lleva cada palabra. Sí, señor; porque en su prosa nada huelga. Da usted mucho que hacer a los actores. No basta la narración del apuntador. ¿No lo cree usted así, doctor?

A.—Tan estoy convencido que no habrá teatro español en tanto no se prescinda del apuntador. La concha, disculpable para aficionados, es un pegote vergonzoso de nuestra escena, y el apuntador, su más grave enfermedad. El actor que no fía su papel a la memoria, puede cambiar de oficio. La memoria es imprescindible al gesto y a la desenvoltura; atado el actor al cordecillo de la concha se convierte en figura de cartón, sin naturalidad, ni vida; el arte de la escena es de conjunto, y detesta la monotonía; ¿cómo dar variedad y color al tono y al ritmo de la conversación? Quitad al diálogo la música del tono y la gracia del ritmo, y queda la armadura escueta del lenguaje sin expresión ni encanto.

B.—No; en sus obras las palabras no las lleva el viento; que cuando tienen intención, las debe reflejar el gesto, que tiene más alcance que la misma palabra. Me seduce la sobriedad; mucha carne y poca salsa.

A.—Basta, ya; que me parece usted un crítico a la moda.

B.—Yo no leo sus obras: las estudio. Y sobre ellas tengo convicciones.

A.—Bien; vamos a ver lo que se le ofrece.

B.—En primer lugar, quiero saber a conciencia esto del alcoholismo, que tiene alborotado a medio mundo. Y, después, en qué consistió el estreno de Nelis; porque no comprendo que esta obra quedara sepultada en la primera representación.



A.—Mucho pide; y aunque el alcoholismo es una plaga mayor que las de Egipto, la humanidad sigue intoxicándose y riéndose brutalmente de su imbecilidad. Como si esperase a que los mismos borrachos decretasen la supresión de la taberna. Loor a la mujer norteamericana que, con la *ley seca*, ha hecho más que todos los sabios, por la civilización.

B.—Pero, ¿la miseria y degradación son tan grandes como anuncian los *abstencionistas*?

A.—Mayores; inmensas. Si América del Norte destierra el alcohol, será el pueblo más piadoso, y su sabiduría digna de imponerse al mundo.

B.—Explíquese; aumenta mi curiosidad.

A.—El alcohol, como tóxico, no perdona; a la corta o a la larga, rinde la mejor fortaleza. Si matara rápidamente, su influencia sería menos sombría; pero su lenta evolución da tiempo al desastre del hogar y, lo que es más grave, al de la descendencia. El alcohol comienza por perturbar cautelosamente la nutrición de los tejidos y la potencia de los órganos, hasta su ruina total. En esta cronicidad, muchas veces, la muerte parece debida a una causa *intercurrente*, como indigestión, catarro, congestión del pulmón, cerebro, hígado o riñón; digo que, cuando éstas y otras causas menudas y frecuentes tropiezan con estos degenerados, la reacción no tiene lugar; la solidaridad orgánica ha desaparecido; nadie ayuda; y cada órgano y el organismo entero se entregan al eterno reposo. Muchas de esas muertes medio repentinas e inexplicables para los mismos médicos, son malicias que en silencio fragua el alcohol. Y entiéndase que la intoxicación no siempre exige grandes libaciones; a algunos les basta la gota para matar el gusanillo

de la mañana, un aperitivo, la copita de coñac con el café, el "cottail" o el "whisky" por la noche; algo que la costumbre impone a diario. Esta falta de resistencia orgánica creada por el alcohol es la que aprovechan ciertos microbios, como el bacilo de la tuberculosis, para asaltar insidiosamente el organismo y sembrar la muerte. Claro que en este último caso, el alcohol, con la abulia y ociosidad consiguientes, crea el ambiente de pobreza, asiento de todas las infecciones. De los cuarenta mil tuberculosos que perecen anualmente en España, el ochenta por ciento débese al alcohol. Pero, aun cuando el escándalo en la familia es grande, y grandísimo el montón de cadáveres a la puerta de la taberna, cabe a la *progenie* la mayor trascendencia patológica social. ¡Ah, el concubinato de los alcohólicos! Aterra las monstruosidades que engendra. No es amor, ni divina inspiración: es contubernio asqueroso del diablo. No existe matrimonio alcohólico sin rastro de pordioseros, vagabundos, borrachos, pendencieros, ladrones, asesinos y locos. En la costa cantábrica, a raíz de un tratado comercial que puso el alcohol amilico al alcance de todas las fortunas (cuarenta céntimos litro de aguardiente), surgieron crímenes espantosos dentro de las familias de obreros y campesinos, que a los pocos años desaparecieron con la desaparición del amilico. El alcohólico es el que más contingente suministra al hospital, a la cárcel y a la casa de locos; fecunda mucho y en su mayoría digno de la Peña Tarpeya; son generaciones caras e inmorales que roban la tranquilidad al justo y el dinero al país. En tanto se copia la hermosa ley americana, no se debieran consentir alcohólicos en el lecho conyugal.

(Continuará.)



# EL MITIN D. DOMINGO

## *Campaña Sanitaria*

Días pasados, como de costumbre, se celebró en el teatro del Conservatorio un mitin de propaganda de Higiene social.

Hizo en primer lugar uso de la palabra el doctor Navarro Fernández, para exponer el lamentable espectáculo que ofrece la "caridad oficial" en España.

Seguidamente hizo la presentación de los oradores.

El Sr. García Martí.—Dice que todos los problemas de España se resuelven en moralidad, cultura y salud. Estudia la falta de ideales colectivos y las causas de la debilidad del sentimiento nacional. Habla de la tendencia de nuestra raza al sentimiento sobre el pensamiento y de nuestra desorientación en orden a la cultura. Requiere el concurso de los intelectuales españoles para que señalen claramente las normas de nuestra organización social. Termina diciendo que el pueblo acusa su existencia en dos notas: vitalidad y carácter. Lo que falta es organización, que no puede ser obra de un hombre solo e impuesta por la fuerza, sino de una minoría inteligente.

El Sr. Zurano.—Diserta sobre la enseñanza oficial, abogando por que ésta sea completamente gratuita.

El Sr. Espina.—Habla de la organización y funcionamiento de los Tribunales para niños, diciendo que, en breve, se inaugurará el de Madrid, que cuenta con el auxilio y complemento de un reforma-

torio para los niños delincuentes, a cuyo frente estarán los frailes terciarios capuchinos.

El Sr. Prieto Pazos.—Dice que en España, aun cuando las apariencias pueden hacer suponer lo contrario, falta espíritu cristiano. Menciona unas palabras de una epístola de León XIII dirigida al obispo de Lisboa, en la que le recomendaba que evitase el que se formaran partidos políticos con la denominación de católicos, ya que atienden más a los fines temporales que a los espirituales. Termina diciendo que la Beneficencia no debe llevar tal nombre, sino el de Asistencia pública, ya que el Estado no puede ser benéfico, sino previsor.

El Sr. Jalvo.—Aboga por que los viajes antiguos que no sirven para la conducción de aguas limpias se transformen en transportes de aguas sucias. Demuestra cómo con un adecuado sistema de riego las aguas del Manzanares podrían regar 7.000 hectáreas hasta Algodor.

El presidente, D. Tomás Elorrieta, hace el resumen y glosa el anhelo de Costa de que España se europeizase, diciendo que los elementos de esta europeización no son extraños a nuestra idiosincrasia, ya que ellos fueron la característica de la vida española durante los siglos xv y xvi, los más prósperos y grandes de nuestra historia.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

Ayuntamiento de Madrid





**TOMAD HISTÓGENO LLOPIS**  
Y EVITAREÍS TODAS ESTAS ENFERMEDADES.

Se vende en todo el mundo.

LABORATORIO A. LLOPIS - ROSALES, 8 MADRID



**M. MINERO**

ORTOPEDICO

Constructor de aparatos  
de ORTOPEDIA

Príncipe, 28. - Madrid

Teléfono número 24-06

**UNGÜENTO MORRITH**

Unico que extirpa callos y verrugas, durezas y ojos de gallo

**1,25 TARRO**

Farmacia Central:

**Puebla, 11.-Madrid**

Gran Laboratorio para despacho de fórmulas, empleando en la confección de las mismas productos químicamente puros de las mejores marcas.

# Jabón de Sales de LA TOJA

Cura y evita las afecciones de la piel

Poderosamente antiséptico

Absolutamente puro

Indispensable para la profilaxis de las enfermedades venéreas